



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Una educación para la identidad

Autor: Montiel, Edgar

Forma sugerida de citar: Montiel, E. (1995). Una educación para la identidad. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 89-100.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

UNA EDUCACIÓN PARA LA IDENTIDAD*

Por *Edgar* MONTIEL
ENSAYISTA PERUANO

I

ES UNA RESPONSABILIDAD MAYÚSCULA dirigirse a un auditorio de maestros para discernir sobre algunos tópicos que resultan de interés para la formulación de un ideario educativo de nuestra América. Más que dar una respuesta, más que asumir una actitud suficiente de decir cuáles son esas ideas educativas, o cuál es esa pedagogía latinoamericana, yo quisiera, junto con ustedes, formular algunas interrogantes, para luego tratar de responderlas en una especie de ejercicio participativo y colectivo. Si formulamos bien las preguntas, al menos habremos avanzado en el buen sentido.

La primera interrogante sería, ¿cómo vincular historia, cultura y proyecto educativo?

He tratado de observar cómo esto ha sido resuelto en algunos países industrializados. Cómo Japón, un país asentado en la tradición, acaba siendo una potencia tecnológica a partir de los años sesenta, es decir, una expresión de la modernidad. Cómo Alemania, con una vieja tradición en la industria pesada, que viene desde los siglos XVII y XVIII, sabe utilizarla y llega hoy a constituir uno de los miembros del Grupo de los Siete. Cómo Francia, cuarta potencia en el mundo desde el punto de vista industrial, convierte la tradición dinástica del buen gusto en técnica, en innovación y en lograr los niveles que ha alcanzado. Y en el caso de Italia también es interesante ver cómo la tradición del Renacimiento hace, por ejemplo, que en este momento, dentro de los países desarrollados, los

* Texto de la conferencia leída en el Congreso Internacional de Educación, Pedagogía 95, celebrado en Cuba, en febrero del presente año, bajo los auspicios de la UNESCO.

mejores diseños —la llamada estética industrial— los hagan los italianos.

Se ve cómo la tradición, la historia, sirve para fundamentar adecuadamente los proyectos de renovación y de modernización de los países. El desarrollo se asienta en una tradición que le da un estilo de evolución a cada país.

En el caso de Japón, por ejemplo, la tradición, sumada a la disciplina, ha hecho que se formen los *managers* al estilo del samurai. La idea competitiva, la práctica del “justo a tiempo”, el hábito del trabajo metódico y en pequeño, se traduce en hombres de negocios que en veinte años impusieron en el mundo un estilo de desarrollo.

Francia es igual. Me he fijado con detenimiento, por ejemplo, en su estructura exportadora. Y los rubros en los que Francia trabaja y es competitiva, tienen que ver con su tradición: el vino, los quesos, los perfumes, el champagne, la ropa modelada, de *tailleur*. El buen gusto se vuelve fundamento de una prosperidad económica; y allí ponen el acento. Incluso en todo lo que es la industria de la aviación y del automóvil, por ejemplo: hay un esteticismo.

Nadie puede decir que el genio italiano por las artes, por la música, se queda solamente en eso, sino que se ha traducido hoy en la industria y los servicios. Las marcas italianas de automóviles exclusivos tienen mucha presencia, mucho acceso al mercado internacional; la ropa italiana, el modelo de zapatos y de camisas, en este momento está desplazando a los franceses en los mercados norteamericanos; y estas marcas italianas, con esta estética industrial, gustan mucho en los países de Oriente: en Japón se utiliza mucho ahora; todo lo que es ropa de moda es de origen italiano.

Entonces uno se preguntará, en este periodo de globalización —no de desarme, sino de *desalme*, de la formación del hombre sin alma, del *plastic people*—, ¿dónde aparece, entonces, el hombre latinoamericano, cuál es nuestro aporte, nuestra especificidad?

Yo creo que la región tiene contribuciones muy específicas que habría que discernir. Trataré de introducir algunas señas de su identidad desde la cual América puede responder a las preguntas: ¿cómo entrar en América al nuevo siglo?, ¿cómo formar a las nuevas generaciones?, ¿qué enseñarles?

En este momento los europeos están en la carrera de cómo preparar mejor a sus estudiantes. Por ejemplo, ya en Alemania se ha instituido una tercera lengua de trabajo fuera de la suya propia. Francia está haciendo lo mismo: fuera del francés, el inglés, el alemán y alguna lengua más, el español o el japonés. Y están desarrollando mucho la creatividad de los estudiantes.

Y en este panorama, ¿dónde nos ubicamos los latinoamericanos?, ¿cómo ser competitivos en el próximo milenio?, ¿cómo poner en valor nuestras ventajas comparativas, intelectuales, creativas, históricas? Son interrogantes que los maestros debemos plantearnos.

Para responder a estas preguntas es absolutamente necesario ubicarnos en el escenario histórico. Partir del siglo xvi, siglo de grandes transformaciones, cuya huella marca nuestros días.

Esta centuria es muy importante, porque en ella se producen grandes mutaciones, que sientan las bases estructurales de la América contemporánea. Nadie puede entender la historia y el devenir de nuestra región si no ha reflexionado o se ha formado una idea sobre el siglo xvi, con sus transformaciones, consolidaciones, choques, resistencias, el colapso demográfico: es el siglo a la vez de la muerte y el nacimiento de otra América.

¿Qué pasó en ese siglo en el que persistía la presencia de la América antigua? ¿A dónde se ha ido la sabiduría de los arquitectos que construyeron Teotihuacán o Machu Picchu? ¿Qué sucedió con los astrónomos mayas de Guatemala, con poetas y arquitectos como Nezahualcóyotl? ¿Dónde estaban esos grandes hacedores de ciudades ciclópeas? ¿Qué ocurrió con todo ese saber en la medicina? ¿Dónde se fue? ¿Qué ocurrió en el siglo xvi, cuya extensión somos nosotros ahora sentados aquí? ¿Acaso todo eso se esfumó en el agujero negro de la memoria?

No hay que tener una percepción *adánica* de nuestra historia. América no comienza en 1492. En ese año se inicia el conflicto mayor; comienza la gran mutación, el enfrentamiento y la resistencia, la asimilación y la transculturación, el proceso permanente de creación y re-creación.

En este siglo nacen algunas características que atraviesan el tiempo, y aún las vemos hoy. Si nosotros estamos aquí, es porque nuestros ancestros han tenido una capacidad de *adaptabilidad*, y esto es válido tanto para el que viene de fuera como para los originarios. Se ha logrado una tradición de resistencia que viene desde ese siglo, y se ve hoy en nuestras expresiones, en la música, en nuestras comidas, en la literatura, en nuestro temperamento, en nuestro carácter: una capacidad de escoger, depurar o *disimular*, a lo que José Lezama Lima ha llamado una capacidad de contraconquista.

Veamos. Cuando al indio le enseñaron a pintar de acuerdo con las pautas del Renacimiento, y a dibujar las figuras con perspectiva,

aprendió, y al principio se dijo que era *ingenuo*, que era "copista", pero luego le fue incorporando sus propios elementos creativos, dando lugar a una escuela propia, como fue la escuela cuzqueña y la quiteña. En cincuenta años los americanos construyeron en catedrales y palacios más de lo que Europa había construido en tres siglos. Y el arquitecto que hizo Teotihuacán acabó haciendo la Catedral de México, y los que levantaron la Catedral del Cuzco habían sido los constructores de Sacsahuamán.

Analicemos el fenómeno de la contraconquista. Es sumamente interesante lo que Lezama Lima sugiere: el conquistador llegó al Caribe, pero al final la mujer arahuaca o la taína conquistó al conquistador, le hizo probar su comida, y le enseñó a comer el aguacate, los ananás y las prodigiosas frutas y pescados, y le hizo descubrir tanto, que al final la humanidad, la naturaleza, venció al prejuicio diferenciador. Puede ser, como dice Jorge Amado, que el siglo XVI fue una especie de "inmenso lecho". En él nació el movimiento moderno más importante del mundo y el nuevo concepto de humanidad, como ha sido esa celebración carnal que es el mestizaje masivo. Mestizaje que no exige la violación ni la violencia, pero que tiene que ver con el parto de esa humanidad naciente, este pequeño género humano del que habló después Bolívar.

En nosotros, en nuestro acervo cultural, tenemos, pues, destrucción y capacidad asimilativa, capacidad de síntesis y contraconquista, resistencia y recreación. De todo esto está compuesta la dinámica creadora de América.

Nos enseñaron a hablar latín, y al poco tiempo indios y mestizos iban hasta Madrid a litigar en esa lengua. Nos enseñaron a cantar y a tocar instrumentos europeos, y en el Paraguay todo el mundo aprendió el arpa con una maestría que llega hasta nuestros días; en el mundo andino se aprendió el violín y la guitarra, y acabaron tocando esos instrumentos mejor que quienes les enseñaron. Nos enseñaron a escribir español, y acabamos ganando más Premios Nobel que quienes nos enseñaron. Nos enseñaron a pintar, y acabamos teniendo, a la vuelta de los siglos, una escuela de pintura espléndida con grandes figuras, una escuela de arquitectura. Es decir, lo que mejor ha producido el hombre americano. Ése ha sido nuestro proceso de creación y re-creación.

América está en la raíz de la revolución epistemológica más importante que ha producido la humanidad. No existirían las llamadas ciencias sociales y ciencias humanas sin América. La renovación de la geografía y la cartografía no se produce hasta que América no

aparece. La refutación que por la vía de los hechos se hace de la geografía de Ptolomeo, de Aristóteles, sólo ocurre con la presencia de América. Nadie puede considerar que la botánica o que la zoología esté completa si no es con la flora y con la fauna americana. El suizo J. J. Bohemus, uno de los grandes investigadores en botánica, había escrito nueve tomos sobre esta ciencia en el mundo, y los acabó en 1516. Justo en esos años se ponen de moda los tratados de botánica de América, y comprendió que su botánica se había quedado muy corta. Comenzó a rehacer su trabajo considerando las nuevas especies y plantas, y murió en el intento.

¿Y en las llamadas ciencias sociales? El surgimiento de la antropología, de la etnología, está ligado con la aparición de América, porque se trataba de ver a los *otros*, de entender a los semejantes. No hay ciencias más americanistas que las sociales y humanas, porque nosotros somos fautores de que ese campo cognoscitivo aparezca en el mundo. Por ello me hace gracia cuando muchos de nuestros intelectuales, en esta área de las ciencias humanas y de las ciencias sociales, imitan demasiado, importan modelos, olvidando que nosotros estuvimos en la raíz de la *creación de ese espacio cognoscitivo*. Fray Ramón Pané, al anotar sus impresiones sobre los taínos (1494), se convierte en el primer etnólogo moderno.

Así pues, tanto en las ciencias naturales como en las humanas, en este repensar la historia, estuvo América. En la creación de la *idea moderna de hombre, de humanidad*, estuvo nuestro continente. De pronto aparecimos, y en Salamanca se planteó el debate de si éramos hombres, homúnculos o semovientes; si éramos racionales o no. En ese debate se comprobó que éramos racionales, que éramos individuos autodeterminados, que gozábamos y pretendíamos la libertad, y al reconocerse esta *alteridad* se crea la noción moderna de humanidad. Así el mundo se redondea, la visión que del mundo se tenía se completa, y por primera vez en la historia se llega a la idea de que *el hombre es uno y diverso*.

III

A PARTIR de esta historia que puede parecer muy lejana, ¿cuáles son los rasgos de identidad, los elementos vinculantes, con los que se puede conformar un proyecto educativo, un ideario educativo? Es obvio que no se puede pensar aquí en dar a los niños una formación igual a la de los japoneses. Y tampoco que se pueda formar

a los niños del continente en una tradición cartesiana que no poseemos. Ni formarlos en una concepción utilitarista y pragmática anglosajona que no nos corresponde.

Lo que voy a plantear tiene un carácter tentativo, una hipótesis que comparto con ustedes, que forma parte de una reflexión en curso. Se trata de los elementos distintivos que sirven para perfilar la condición americana, base para fundar una *educación para la identidad*. Ya sabemos que América Latina no es una: que hay diferencias entre los del sur, los del centro, los del norte y los del Caribe. Pero debe observarse que, cinco siglos después de la conquista, los países que en el mundo tienen más afinidad entre ellos son los de América: afinidades de geografía, de temperamento, de religión, de historia, de lengua. Se comparten las bases materiales y espirituales de la vida, sea humana o natural.

Por contraste, al asistir a reuniones de la Comunidad Económica Europea, observo que en Europa se hablan nueve idiomas. Yo no sé qué le puede decir un campesino siciliano a un obrero siderúrgico alemán, pero se dicen; es que hay una integración alentada por arriba, gracias a la voluntad política de los dirigentes europeos. Nosotros estamos integrados por abajo, aunque la cúpula todavía no ha pensado en la integración colectiva y masiva.

Teniendo en cuenta las diferencias, se pueden discernir algunos rasgos de nuestra *condición americana*.

1. *La adaptabilidad*. Es un rasgo que el niño, el hombre americano ha incorporado desde muy temprano. Fue gracias a esa capacidad de adaptación que hemos sobrevivido y estamos aquí. La vida en América ha sido y es una permanente adaptación ante los desafíos de la naturaleza y el hombre.

2. *La inventiva, la creatividad*. Nuestras culturas ancestrales tenían respuesta a sus problemas. Con la conquista, las preguntas cambiaron y con ellas las respuestas. Había que introducir el conocimiento de nuevas plantas, de nuevos animales, una nueva organización del territorio, y a eso ha respondido América con un alto sentido de la creatividad, de la inventiva, de la imaginación. Hay que inventar para sobrevivir. (Aquí en Cuba se utiliza mucho esa expresión: hay que inventar cada día para salir adelante). Todo el vigor con que se expresan las bellas artes y la cultura popular es heredero de la creatividad.

3. *La reciprocidad*. Para los grandes espacios territoriales como América, unas treinta veces más grande que Europa, con ríos caudalosos, montañas que se elevan por encima de los seis mil metros,

con una agricultura a cuatro mil metros de altura, cosa que antes nadie había hecho. En esas condiciones hay que trabajar de modo colectivo.

De modo que se puede apreciar en nuestras tradiciones cierto colectivismo, cierto comunitarismo: los *ayllus* en Suramérica, los *calpullis* en México. En fin, ha habido diferentes maneras comunitarias de organizarse, porque era una estrategia de supervivencia. Nadie puede cultivar grandes extensiones si no cuenta con el apoyo del vecino; pero también la extensión de América, la organización de las poblaciones americanas en un territorio tan grande obligaba a *estrategias de reciprocidad*.

Digo reciprocidad por considerarlo más arraigado que solidaridad. Reciprocidad: tú me ayudas un fin de semana, y el fin de semana próximo yo te ayudo a ti, que es como hasta ahora se construyen las casas de todas las barriadas o *favelas* en las periferias de las grandes ciudades. Gracias a la reciprocidad, las masas pobres han sobrevivido.

4. *De la reciprocidad nace, y se hace tradición nuestra, una cultura del trabajo*. Trabajar era la única verdad. Quien no trabajaba vivía en el error. Ésta es una situación que se encuentra en todas las poblaciones y que viene desde muy atrás. Frente al modelo de consumo que viene de fuera, las poblaciones han respondido con una cultura del trabajo, con un quehacer cotidiano: la pobreza exige eso, la supervivencia exige eso, y eso se debe valorar hoy en día.

5. *Tenemos una tradición esencialista*. Me voy a explicar. Yo contrapongo lo esencial a lo convencional, lo formal a lo primordial. Nosotros somos esenciales. Voy a poner un ejemplo.

Nosotros tenemos eminentes repentistas, decimistas, poetas populares de esos que nunca han alcanzado una licenciatura en letras: hay un talento acumulado. O tenemos un virtuoso guitarrista que nunca ha pasado por un conservatorio: lo que interesa no es que tenga diploma, sino que toque bien; y tocan bien. Tenemos espléndidos pintores, y muchos de ellos no son de escuela.

En los deportes a veces ocurre lo mismo. La propia precariedad institucional, material, hace que el hombre vaya a lo esencial.

En las regiones más pobres eso se ve todavía más. Cuando una persona va a la casa de alguien no importa si nos van a invitar a un banquete, lo que importa es que vamos a conversar, vamos a *compartir*, tal vez con un cafecito, con un buchito de café. Vamos a lo esencial. Nuestro desarrollo material no nos ha permitido ser convencionalistas. Hay una mentalidad esencialista, y éste es otro ele-

mento interesante de la personalidad como seña identitaria. Cultivamos un humanismo práctico (el único verdadero), respetamos al hombre por lo que *es*, no por sus cargos o sus grados. Las relaciones humanas tienen un goce en sí mismas, desprovisto de otros cálculos.

6. *El espiritualismo americano*. Montada sobre las religiones hispánicas, se manifestó la religiosidad americana como fenómeno de contraconquista. España había construido sus iglesias católicas sobre las mezquitas árabes. Del mismo modo que construyeron sus iglesias sobre las pirámides de Tenochtitlán o los muros del Koricancha. Y las religiones autóctonas hicieron lo mismo con las hispánicas: sumaron sus sentimientos religiosos.

La mentalidad panteísta del hombre americano existe; tenemos cierto respeto por la idea de los dioses tutelares. Por la geografía misma. Aquí la gente guarda recogimiento cuando un huracán se desata, un terremoto ocurre, un río se desborda. Porque aquí los fenómenos naturales sí son de verdad. Digamos por su dimensión: como un alud, o un *huaico*. Y eso nos hace establecer con ellos una relación panteísta, espiritual; hay que tratar con respeto a la Naturaleza y su orden.

Hay un verso de Vallejo que dice: "Lluvia, no te hagas la dormida". El poeta tutea a la lluvia, la considera como algo vivo, animado. Somos, pues, animistas. Y el caso de Vallejo, un tanto paradigmático, es interesante de ver: porque él dijo que era marxista gracias a Dios. Y efectivamente, él concebía la política como un deber religioso, como una obligación ética.

Y así para nosotros, materialismo (filosofía de la naturaleza) y espiritualismo no están necesariamente confrontados. Éste es otro elemento de la identidad del que no hay que renegar; al contrario. En esta época, de un materialismo chato y rampante, el espiritualismo americano se presenta de muchas maneras. Cuando me preguntan si soy católico, yo respondo: *yo soy católico americano*. Es decir, católico a la versión americana, o cristiano a la versión americana.

Porque no voy a renegar de la espléndida música barroca americana o de la magnífica arquitectura de las catedrales, ni de lo que pintaron las grandes escuelas como las del Cuzco y Quito. ¡Jamás! Es parte de nuestra identidad. Entonces, ese espiritualismo es algo que tenemos que rescatar y promover en las nuevas generaciones.

7. *Otro elemento que forma parte de nuestra cultura, y es distintivo de otras regiones, es lo que llamamos la cultura del cuerpo*. Existe una cierta corriente pedagógica que se ha peleado con el cuerpo, que reniega de las emociones y los sentimientos para dar primacía

a la racionalidad. Nosotros tenemos otra tradición. Aquí todo el mundo sabe bailar, marcar el ritmo y la melodía, mover la cintura, los hombros, cuando se puede. En cualquier reunión los latinoamericanos, cuando ponen música salsa, la bailan; o un huapango, un tango, una cueca, un pasillo o un huaynito.

Se cuenta que cuando en Europa se puso de moda el bolero —cuyo centenario se está celebrando, que es un producto cubano, de aquí de Santiago—, le dijeron a Freud que habían inventado en el Caribe un baile en el cual uno podía sacar a bailar a alguien, y bailar bien pegadito, como establece el canon. Entonces dijo que era formidable, porque ahora él podía socialmente justificar que dos personas se juntaran públicamente y se tocaran y se platicaran en voz bajita. Eso es humanismo, típico de lo que produce América. En Europa se bailaba separado; nosotros bailamos juntos, y tenemos una cultura del cuerpo, enriquecida enormemente por la presencia de África. Somos un continente melódico y rítmico. En el Brasil o el Caribe todos son compositores de música, hasta que demuestren lo contrario.

Y esa cultura del cuerpo da grandes expresiones artísticas, como se observa en Cuba. Porque de ahí salen las destacadas figuras del ballet. Con un poco de disciplina, y un cuerpo predispuesto, salen las figuras del ballet, o las grandes figuras del deporte. Es un gran patrimonio genético que hay que apreciar.

8. *La forma como el hombre americano constituye una extensión de la naturaleza y la cultura.* En el siglo XVIII, pensando en los indios americanos, Rousseau habló del *hombre natural*; elaboró la leyenda del “buen salvaje”, que es bueno porque es salvaje, lo que nos invita a redefinir la idea del “salvaje”.

Haciendo un poco de antropología comparativa, si uno hace un poco de análisis de las culturas, vemos que los americanos hemos guardado una relación privilegiada con la naturaleza. Nos tuteamos con la naturaleza; del intelectual latinoamericano, al ama de casa, al obrero o campesino, compartimos, tenemos una relación con la naturaleza; no existe una fractura. Somos congénitamente naturalistas.

El lado instrumentalista de la modernidad pretende imponer *intermediarios tecnológicos* entre nosotros y la naturaleza. Y esto también es algo que debemos evitar, que la máquina y sus productos resultantes separen al hombre de lo natural.

Veámoslo con un ejemplo. Hasta hace un par de siglos los hombres comían trescientas variedades de plantas; ahora no comen más

que una docena, y se han atiborrado de conservas. El mundo ha ido perdiendo su relación con la naturaleza. La medicina ahora llamada "tradicional", ha sido la medicina de siempre, y nos ha dado en América recursos para poder curarnos.

Hasta hace tres siglos, un individuo podía detectar, por intuición o por instinto, cuando a otra persona le iba a dar un ataque de epilepsia. Ahora hemos perdido esa facultad. Hoy en algunos centros de investigación norteamericanos se amaestran perros para que cuiden a los epilépticos. No hay que olvidar jamás que el hombre tiene, además, una condición animal. Debemos, pues, preservar muchas cualidades de tipo natural. Eso da una ventaja estratégica, porque en ciertas urbes se pueden tener ingresos per cápita muy altos, pero sus habitantes son infelices porque no existe una relación con la naturaleza y la sentimentalidad.

En las escuelas de los países industrializados llevan a los niños, una vez cada seis meses, a ver lo que es una gallina, cómo pone un huevo, a ver cómo se pesca. No hay vínculo con lo natural: los niños ven un pescado, pero ya enlatado, o en el frigorífico, no lo ven vivo. Entonces se produce una distancia cognoscitiva: encumbramiento de la razón y desdén de la realidad. Por suerte para nosotros, ese fenómeno no se ha dado aquí. Y ahora los ministerios en Europa se preocupan de llevar a los niños a las granjas, para que vean de dónde sale la leche, pues los niños creen que la leche sale de una fábrica.

9. *Finalmente hay otro elemento que hay que tener en cuenta, que es el cosmopolitismo cultural del latinoamericano.* Alguien me va a decir que no, que los latinoamericanos son provincianos, que tienen una mentalidad provinciana, que son premodernos o que llegaron tarde a la modernidad. No; falso. El primer gran movimiento de modernidad como tal en el mundo se debe a la presencia de América. Europa no puede tener modernidad sin el oro y la plata de América, sin la madera de Brasil, sin los productos, sin la tierra de América, sin la unicidad del hombre, ¡sin el mestizaje! No hay Europa mercantil, palanca de la modernidad, sin los productos de América.

El mestizaje es el primer movimiento moderno. Es cuando se vencen prejuicios, cuando la tradición medieval se fractura y se pasa a otra cosa: la relación entre hombres y mujeres diferentes. Y nosotros somos cosmopolitas porque a la matriz americana —y hablo casi en términos maternos—, a lo que nos dio la madre América por su tierra, su geografía y su cultura, se sumó la cultura que viene de Europa: la tradición ibérica, la tradición latina, la tradición

helénica, y la que nos aportan África y el mundo árabe. Nosotros tenemos muchos abuelos, o mejor muchas abuelas, pues son las mujeres las que reproducen más fielmente la cultura. Nuestra abuela india, pero también nuestra abuela española, nuestra abuela negra, nuestra abuela árabe, nuestra abuela latina, nuestra abuela del Renacimiento. Hemos sido amamantados por todo eso. Somos crisol.

Por ello somos necesariamente cosmopolitas, y eso se ve en las escuelas. A los niños se les enseña cosas de otras regiones. El latinoamericano habla otros idiomas; no tiene la mentalidad provinciana que le atribuyen. Necesariamente ha tenido esta mentalidad receptiva y asimilativa. Somos, pues, un espacio privilegiado de intercambio, de recepción, de decantación. Pero no somos un paisaje ignoto. No es la pura influencia exógena. Nosotros hemos modificado, hemos decantado, hemos rechazado, hemos resistido, hemos hecho contraconquista, y así América ha ido venciendo los desafíos.

IV

TODO esto para resumir, de un solo trazo, que con esto se configura una arraigada tradición humanista. Si alguien me preguntara cómo englobar estas características de esencialidad, adaptabilidad, creatividad, cosmopolitismo, espiritualismo, cultura del cuerpo, naturaleza y cultura, yo respondería: son rasgos de un *humanismo americano*, profundamente arraigado, rasgos de una predisposición a la modernidad, a la innovación, al cambio.

¿Cómo formular, a partir de estos elementos, nuestros proyectos educativos, nuestro ideario? Yo creo que se trata de una tarea mayor: educar para la identidad, potenciar nuestra presencia en el mundo.

Con los elementos enunciados tenemos algunas ventajas comparativas: por ejemplo, el hombre latinoamericano es alguien que con facilidad va de las humanidades a la ciencia y viceversa.

Hay poetas que son físicos. Magníficos compositores de bolero que a su vez son diestros cirujanos cardiólogos. Ingenieros que son prosistas. Hay versatilidad, plasticidad del saber. Y eso, que ya ha sido adquirido, no lo debemos perder. Nos hemos quedado con el modelo de hombre del Renacimiento.

En aras de formular este proyecto educativo, hay muchos elementos que necesitamos sacar adelante, reforzar en los niños. Necesitamos, por ejemplo, aprender las lenguas autóctonas de América, como las otras lenguas cosmopolitas de la región. Me siento

avergonzado de no hablar portugués brasileño, por ejemplo. Me habría gustado que mi abuelo cuzqueño me enseñara el quechua, y no lo hizo. En países como Paraguay se habla español y guaraní. Necesitamos conocer esas lenguas, pues con ellas se vehiculiza una visión de América.

Necesitamos conocer la historia, como se ha dicho. Participé en la Comisión de Enseñanza de la Historia y la Educación Cívica, y se habló con mucha pertinencia de las lagunas que hay en la enseñanza de esa disciplina. Necesitamos conocer la cultura del *otro*, pero no solamente para apreciarlo, sino para amarlo; es decir, necesitamos que todo el mundo sepa lo que han sido los procesos históricos; lograr que el niño sienta la alegría de ser americano: que sea como una especie de celebración. Y la historia nos va a dar todo eso.

Necesitamos disfrutar la música de los demás. A veces los compañeros cubanos ejercen cierto imperialismo musical en la región con el son y la salsa. Pero es necesario introducir también quenás, zamponas, hay que meter tangos, vales, cuecas, guapangos, pasillos, carnavalitos; necesitamos que los niños gocen y conozcan de todo eso.

Necesitamos que se dé ese proceso de intercambio en las ciencias, porque cada país ha hecho innovaciones en ellas. Por ejemplo, la cardiología es una especialidad muy avanzada en México, como el tratamiento de las enfermedades de altura lo es para Perú o Bolivia, o el trabajo sobre la medicina tropical lo es en Cuba, o la biotecnología. Cada uno tiene cosas que ha desarrollado, investigado, y que debemos intercambiar.

Tal vez la palabra crucial en la actual circunstancia sea la palabra *creatividad*. Ella nos ha permitido sobrevivir y estar donde estamos. Nos ha permitido, en la rama de las humanidades, tener varios Premios Nobel de Literatura; nos ha permitido en las ciencias sociales, en el arte, tener avances de excelencia internacional.

El gran reto es *cómo hacer pasar este genio de las humanidades y las artes a la técnica, y a la política*, porque se trata de un problema también de las clases dirigentes de los Estados. Aquí hay un reto grande y nada sencillo.

Creo, como decía Martí, y con ello deseo concluir, lo siguiente: "Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación".